

## VII

Canterac, desmoralizado por un contraste que consideraba « imposible en lo humano », emprendió una retirada que más se parecía á una fuga, sin más propósito que ponerse fuera del alcance de las armas libertadoras, para prevenir una derrota (34). Evacuó el valle de Jauja, y emprendió su marcha con tanta precipitación, que á los dos días se hallaba á 160 kilómetros del campo de batalla, destruyendo así por el cansancio su infantería, que era lo único que le quedaba. Abandonó sucesivamente los distritos de Tarma, Cajatambo, Huaylas, Huanuco, Huamanga, Huanavelica, Cangallo, Huanta, Pampas y Andahuilas, sin detenerse en las posiciones ventajosas á lo largo de su trayecto, ni cuidarse de los repuestos y convoyes que dejaba á su retaguardia; pidiendo con insistencia cinco ó seis mil hombres para « no sucumbir y perder el Perú sin remedio », según sus propias palabras, y no paró hasta considerarse en salvo al oriente del Apurimac, á 750 kilómetros de su punto de partida. En esta retirada, perdió como 2,000 hombres según unos, y 3,000 según otros, entre rezagados y desertores, más de lo que le habría costado una gran batalla. Se perdió algo más: el crédito del general en jefe español, la moral del ejército realista y hasta la esperanza de su victoria. El virrey lo reforzó con 4,500 hombres del Cuzco, con lo que

(34) El mismo lo confiesa en su parte de Junín: « La fuga de nuestra » caballería y la superioridad numérica de la infantería enemiga me pre- » cisaron á mi vez á alejarme con la rapidez posible del enemigo, para no » exponer mis fuerzas á un contraste, pero no sé hasta donde tendré que » continuar mi retirada y con qué medios lo haré, si el enemigo trata de » hostigarme, siguiéndome con empeño ».

se estableció sólidamente en la línea inexpugnable del Apurimac. Fué entonces cuando La Serna ordenó que la división de Valdés ocupada en la guerra con Olañeta al sud, se concentrase al Cuzco. Sin embargo, nadie perseguía á Canterac, sino su propia sombra.

El ejército independiente descansó tres días en el campo de batalla, y sólo destacó alguna caballería con infantes montados para picar la retaguardia del enemigo. Empleó diez días en posesionarse de Jauja. Permaneció cerca de un mes en Huamanga. Á mediados de setiembre atravesó el río Pampas, poderoso tributario del Apurimac, que corre en esta región de occidente á oriente, cuyo puente de maromas halló cortado. Establecióse en seguida en Andahuilas, y avanzó hasta Chalhuanca al sud del Pachachaca (otro afluente del Apurimac), amagando el Cuzco sobre la línea del Apurimac á la altura de sus nacientes, con el flanco derecho cubierto por la cordillera de Huanzo, que forma el nudo andino en que las dos cordilleras se reunen, y que lo separaba de Arequipa. En este punto, Bolívar dió por terminada su campaña por el momento. No se consideraba con fuerzas suficientes para tomar la ofensiva. Además, la estación de las lluvias iba á empezar, y no parecía probable que los realistas emprendiesen operaciones. Sabedor por otra parte que el empréstito mandado negociar por San Martín en Lóndres se había realizado, y que debía recibirse inmediatamente un millón de pesos, delegó el mando del ejército en Sucre, con instrucciones de acantonarse en Andahuilas, entre el Pampas y el Pachachaca (ambos tributarios del Apurimac), prometiéndole enviarle inmediatos refuerzos desde la costa; y él se retiró á Lima por el camino de Jauja (fines de octubre). Aquí termina la carrera del Libertador como general, en la guerra de la independencia sud-americana.

En Huamanga, recibió Bolívar una ley del congreso de Colombia (de 28 de julio de 1824), derogatoria de la que le había conferido facultades extraordinarias como presidente de

la república en campaña, con el dominio absoluto en lo militar y fuera de la constitución en los países que libertase ó fueran el teatro de la guerra (en 9 de octubre de 1821). Por ella se disponía, que tales facultades correspondían al encargado del poder ejecutivo, quien podía delegarlas, como ya lo había hecho, en los departamentos meridionales de Colombia (Patía, Pasto y Quito). En consecuencia, él no podía ya mandar directamente esos departamentos desde país extranjero, y debía solicitar del gobierno los auxilios que necesitase en ellos, y sólo en el caso de restituirse al territorio de la república, podía tener el mando de algunos de sus ejércitos. Era esta la primera señal de la resistencia del parlamentarismo liberal de Colombia contra las tendencias dictatoriales de Bolívar. Ya los congresos de Angostura y de Cúcuta, habían rechazado en nombre de los principios, las teorías constitucionales del Libertador sobre gobierno oligárquico con presidencias vitalicias y senado hereditario, deplorable adaptación de las instituciones africanas de Haití y de la aristocracia inglesa, que eran un bastardeo de la república democrática. El sentimiento liberal se había encarnado en el congreso de Bogotá, y constituía un poderoso partido político, á cuyo frente estaba el vice-presidente Santander, que además representaba el particularismo de Nueva Granada, centro del gobierno general. Esto da la filiación de la ley.

Bolívar sintió el golpe; pero lo recibió con dignidad. Aunque consideró como un ataque directo á su influencia, la prohibición de mandar en persona el ejército colombiano en el Perú, comprendió que era la consecuencia de la posición anómala que se había él mismo hecho al encargarse del gobierno de un país extraño, no sometido á la ley de su patria. Nombró á Sucre general en jefe del ejército, en obediencia á la ley, previniéndole que en lo sucesivo no tendría más intervención en las operaciones militares que la que le correspondía como jefe de la república peruana. Sucre, que aunque superior como

general á Bolívar (y él lo sabía) no tenía ambición, y estaba identificado á su destino y á su gloria, le aconsejó prescindir de la ley, promovió una representación de los jefes al congreso para que fuese revocada, y aceptó al fin el cargo, pero declarando, que no abriría relaciones directas con el gobierno de Colombia y sólo obedecería las órdenes del Libertador. Los dos cumplieron con su compromiso: Bolívar, dejando completa libertad de acción á Sucre, y éste, ajustándose á las instrucciones del Libertador; en cuanto no comprometiesen el éxito de sus operaciones.

Á su llegada á la costa, Bolívar estableció su cuartel general en Pativilca. La situación había cambiado, empeorándose. La llegada del navío *Asia* de 72 cañones y el bergantín *Aguiles* de 20, había dado la preponderancia marítima á los españoles. Reunidos estos buques á los que antes poseían bajo la protección de los puertos fortificados de Chiloe y del Callao; habían formado una escuadra de un navío, una corbeta y tres bergantines que montaban 154 cañones. La escuadra peruano-colombiana al mando de Guisse, la provocó al combate, y aunque el honor de la bandera se mantuvo; su inferioridad quedó evidenciada, y tuvo que refugiarse en Guayaquil. Una división de los independientes, destacada sobre Lima en observación del Callao, había experimentado un serio y vergonzoso revés. Chile, no concurría ni con sus fuerzas marítimas ni de tierra á la guerra del Perú. Mientras tanto, Bolívar preparaba en Pativilca elementos para el caso posible de un contraste que temía, aunque sin desesperar del triunfo final, y pedía con exigencia un auxilio de seis mil hombres á Colombia para reforzar á Sucre, á quien consideraba comprometido, como en efecto lo estaba.

Bolívar en Pativilca, como Napoleón en medio del incendio de Moscow dictando decretos sobre teatros, se ocupaba de la exhibición teatral de sus planes de engrandecimiento, para el día del triunfo final, que ya veía cercano. Volvió á

ocuparse de su antiguo proyecto de congreso americano. Dirigió una circular á los gobiernos de América, invitándolos á enviar sus representantes al istmo de Panamá, en que encarecía la necesidad de la reunión de la gran dieta (7 de diciembre de 1824). « Es tiempo, decía, de que los intereses y » las relaciones que unen entre sí á las repúblicas americana- » nas, antes colonias españolas, tengan una base fundamen- » tal que eternice, si es posible, la duración de estos gobier- » nos. Las repúblicas americanas de hecho están ya confe- » deradas. Parece que si el mundo hubiese de elegir su » capital, el istmo de Panamá sería señalado para este » augusto destino, colocado, como está, en el centro del glo- » bo, viendo por una parte el Asia, y por la otra el África y » la Europa. El día que nuestros plenipotenciarios hagan el » cange de sus poderes, se fijará en la historia diplomática » de América una época inmortal. Cuando después de cien » siglos la posteridad busque el origen de nuestro derecho » público, y recuerde los pactos que consolidaron su desti- » no, registrará con respeto los protocolos del istmo. En él » encontrarán el plan de las primeras alianzas que trazaran » la marcha de nuestras relaciones con el universo. ¿Qué » será entonces del istmo de Corinto con el de Pana- » má? (35).

En medio de estas contrariedades y grandiosos sueños, le sorprendió la noticia de que los españoles habían abierto su campaña desde el Cuzco, y maniobraban en el sentido de cortar su retirada á Sucre. Al principio pensaron, tanto Sucre como Bolívar, que este movimiento tenía por objeto abrir operaciones sobre la costa, contando con la base del sud del Perú y el apoyo del Callao. Después se hizo el silen-

(35) Esta circular se dirigió á los gobiernos de Méjico, Colombia, Guatemala, Buenos Aires, Chile, Brasil, y posteriormente á los Estados Unidos del norte.

cio. Las comunicaciones entre Lima y el ejército independiente estaban interrumpidas. Bolívar á oscuras, recomendaba á Sucre « no dividir su ejército y conservarlo á todo trance » (noviembre 24). Últimamente, y con la conciencia de que Sucre sobre el terreno haría las cosas mejor que él, lo autorizó á no esquivar una batalla en caso necesario (36) y en todo caso mantenerse en la sierra. Ocho días después, la suerte de la América estaba decidida: Sucre triunfaba en Ayacucho.

## VIII

Sólo en un punto estaban disconformes Bolívar y Sucre. El Libertador, así en las instrucciones que dejó como en su correspondencia oficial y confidencial, prevenía acantonar el ejército en Andahuailas, sobre el Pampas, y mantenerlo reunido. El general en jefe, por el contrario, pensaba que esta posición era peligrosa ó nada prometía, y diseminó sus divisiones en la comarca, con ánimo de ganar terreno. Bolívar tenía la razón, como el hecho lo demostró, pero Sucre tenía también la suya, y el éxito se la dió en definitiva. Según Miller, á los pocos días de la partida del Libertador, Sucre reunió una junta de guerra, y las opiniones se dividieron. Unos pensaban, que la situación del ejército podría ser muy crítica si los enemigos avanzaban con fuerzas superiores, y que en tal situación no debía trepidarse en tomar la ofensiva antes que la división de Valdés se concentrase en el Cuzco y diese la preponderancia á los realistas. Otros, aunque conve-

(36) Toda esta parte se funda en la correspondencia entre Bolívar y Sucre, así confidencial como oficial, publicada por O'Leary en sus « Memorias ».

nían en lo peligroso de la posición, — que era una consecuencia del largo avance de Bolívar sin ánimo de tomar la ofensiva, — trepidaban ante la responsabilidad de obrar contra las precisas instrucciones del Libertador. Sucre tomó sobre sí avanzar, y se adelantó en dirección al Cuzco con una división ligera hasta Mamará al sud del río Oropesa. Desde este punto desprendió á Miller con los Granaderos de los Andes con el objeto de practicar un reconocimiento del país.

Así que Bolívar tomó conocimiento de este plan aventurado y sin alcance, lo reprobó con amistosa severidad: « Desde  
 » luego digo rotundamente, que no creo conveniente la ope-  
 » ración. De las cosas más seguras, la más segura es dudar.  
 » Si la ha ejecutado habrá obrado en sentido opuesto á lo que  
 » tantas veces le he dicho: la *unión hace la fuerza*. No di-  
 » vida nunca el ejército y procure conservarlo á todo trance.  
 » Rodee todo lo que quiera con tal de conservar el buen  
 » estado del ejército, que es objeto primario de todas nuestras  
 » operaciones, porque mientras lo conservemos, seremos in-  
 » vencibles. Dividiendo el ejército se exponía á un riesgo  
 » conocido y exponía los grandes intereses de la América  
 » por un bien comparativamente pequeño. Se exponía á ser  
 » inferior á sus enemigos y perder una batalla por ocupar  
 » algunas leguas más del país. La libertad del Perú no ha de  
 » venir por la ocupación material del terreno, sino que ella  
 » está en el mismo campo en que obtengamos una victoria  
 » contra los enemigos » (37). Sucre le contestaba: « Queda  
 » sin efecto el movimiento que se iba á ejecutar. Yo creía  
 » que podíamos hacer algo útil; pero puesto que usted lo  
 » considera peligroso, renunciaré á mi deseo y haré lo que me

(37) Carta del secretario á Sucre de 25 de noviembre de 1824, y de Bolívar á Sucre de 26 del mismo mes y año.

» manda. No me atreveré á decir, que debemos continuar las  
 » operaciones. Dando tiempo al enemigo, puede organizarse.  
 » La cuestión más importante es si debemos ó no pasar el  
 » Apurímac. Á usted toca resolverlo. Yo someteré mis deseos  
 » á su opinión y sus órdenes. Aunque mi deseo es adelan-  
 » tar, me conformaré en acantonarnos en Andahuailas » (38).  
 Apenas despachada esta carta, Sucre recibió parte de Miller de que el enemigo se hallaba á 37 kilómetros de Mamará, y avanzaba en masa.

Sucre tenía su ejército diseminado en una extensión de 130 kilómetros, y antes de reunirlo, los realistas podían cortar la retaguardia. Felizmente ya era tarde para enmendar el error, de que el general republicano supo sacar partido manobrando con la habilidad y precisión de un Turenne. « Está  
 » bien castigada mi culpa, decía Sucre al replegarse, cuando  
 » he acantonado las divisiones separadamente, distrayéndome de los consejos de un viejo militar y de un buen amigo,  
 » que tan recientemente me ha escrito sobre esto » (7 de noviembre). Tres días después, escribía al Libertador: « Senti-  
 » ré que me tomen la espalda; pero esto no me da cuidado,  
 » porque tengo tan absoluta confianza de este ejército, que  
 » me importa poco que los enemigos se pongan en cualquiera  
 » parte; en cualquiera parte debemos derrotarlo » (39). En retirada, recibió la autorización de Bolívar para librar la batalla. Al día siguiente contestaba con el parte de la victoria.

Sucre estaba mal informado respecto de la verdadera fuerza de los realistas: no les daba sino 8,000 hombres desmoralizados, y de ellos 3,000 reclutas. Mientras tanto, el vi-

(38) Cartas de Sucre á Bolívar de 24 y 26 de octubre y de 1.º de noviembre de 1824.

(39) Cartas de Sucre á Bolívar de 7 y 10 de noviembre de 1824.

rrey, concentradas las divisiones de Canterac y Valdés, atravesaba el Apurimac y abría resueltamente su campaña al frente de 10,000 hombres, bien organizados (24 de octubre). El ejército español, que constaba de 14 batallones y dos brigadas de caballería con 10 piezas de artillería, se repartió en cuatro divisiones: tres de infantería, á órdenes de los generales Canterac, Valdés y Monet, y una de caballería bajo el inmediato mando del virrey. Valdés tomó la vanguardia, con su división compuesta de cuatro batallones. El ejército republicano no pasaba de 7,000 hombres, con dos piezas de artillería.

El virrey La Serna inició sus operaciones contorneando las posiciones de los independientes, apoyada su izquierda sobre la cordillera de Huanzo, y se situó sobre el flanco de Sucre, avanzando en masa. Al principio, el general republicano no atinaba á explicarse este movimiento; pero bien pronto se dió cuenta de su objeto, cuando vió que el enemigo rebasaba su derecha y maniobraba para establecerse á su retaguardia, á fin de cortarle su línea de comunicaciones y dejarlo sin base de operaciones. Los enemigos describían un semicírculo, dentro de cuyos radios tenía él que moverse. Esto le daba algunas ventajas de que supo aprovecharse hábilmente con gran resolución y serenidad. Podía efectuar su reconcentración, por líneas rectas, dos veces más cortas que las curvas del enemigo, con economía de las fuerzas físicas de su tropa; prevenir el movimiento envolvente, anticipándose tal vez á él, y en todo caso, trazar su itinerario para marchar en posición y elegir su campo para provocar ó aceptar una batalla en condiciones relativamente ventajosas. Para esto tendría que recoger su derecha, concentrarse sobre el promedio de la línea de Pachachaca, replegarse á Andahuailas y establecerse en la línea del Pampas, á fin de abrir sus comunicaciones, ó recuperar su base de operaciones continuando su retirada en dirección á Huamanga. Esto fué lo que hizo; pero al llegar al

Pampas, encontró al enemigo, que á marchas forzadas se había anticipado á ocupar su margen izquierda, cortándole la retirada hacia el norte (24 de noviembre). Por primera vez se avistaron los beligerantes. Lo fragoso del país permitía á los dos ejércitos maniobrar sobre ambas márgenes del río con seguridad, y durante tres días ejecutaron alternadas y simultáneas contramarchas, sin que ni uno ni otro se atreviera á atacar en las fuertes posiciones elegidas. Sucre atravesó definitivamente el Pampas en dirección á las fronterizas alturas de Matará: pero al llegar á su pie, las halló coronadas por el ejército español (2 de diciembre). Entonces se inclinó sobre su derecha (este), con el propósito de continuar su retirada, faldeando la cordillera oriental. Para efectuar esta operación, tenía que atravesar la inmediata quebrada de Corpahuaico, distante como seis kilómetros, que da acceso al valle de Acrococ en dirección á Huamanga. Esta era la zona peligrosa.

Los españoles, al observar el movimiento lateral de Sucre, se corrieron sobre su izquierda para cerrarle el camino; pero cuando llegaron á la boca meridional de la quebrada, ya las divisiones de vanguardia y centro del ejército unido habían franqueado el mal paso. La retaguardia, compuesta de tres batallones colombianos al mando del general Lara, fué atacada en ese momento por la división Valdés, á tiempo de ponerse el sol (3 de diciembre). Uno de los batallones fué en su mayor parte sacrificado, sosteniendo la retirada: los otros ganaron las alturas en dispersión, con abandono de parte del parque y una pieza de artillería que custodiaban; pero hicieron pie firme allí. Sucre se apresuró á tomar posiciones al norte de la profunda quebrada de Corpahuaico, y las sostuvo con los fuegos de su infantería hasta entrada la noche. Los beligerantes camparon en las cimas de los dos lados de la quebrada, barranco de por medio. Sucre confesó en este descalabro parcial una pérdida de 300 hombres,

una pieza de artillería y parte de sus municiones. Los españoles no dudaron desde este momento de su victoria, pero Sucre no perdió la esperanza.

Desde Corpahuaico se inició una doble marcha, táctica y estratégica, de que la historia militar del mundo no presenta ejemplo, y que sólo puede explicarse por la naturaleza montañosa del terreno. Los dos ejércitos beligerantes marcharon á la vista uno de otro: los realistas por las alturas de uno de los ramales de la cordillera occidental; los independientes por las faldas de la cordillera oriental; interceptados ambos por un abismo. Al desembocar al valle de Acrococos, Sucre presentó batalla; pero no fué aceptada (4 de diciembre). En este punto, los realistas se inclinaron sobre su izquierda (oeste), haciendo un rodeo para ocupar con anticipación el camino de Jauja. El virrey quería empeñar la batalla en condiciones de que no se escapase un solo hombre. Siguió en dirección á Huamanguilla (al sud de Huanta), contorneando el flanco izquierdo de los independientes, hasta cortarles por segunda vez la retirada. Mandó cortar todos los puentes y cerrar todos los desfiladeros á su retaguardia, y empezó á maniobrar en el sentido de trabar la pelea en palenque cerrado. Las poblaciones entre Jauja y Huamanga se sublevaron en favor de los realistas. Una columna salida de Jauja para reforzar á Sucre, fué rechazada, y todos los convoyes de los independientes en este trayecto fueron interceptados, y los enfermos de sus hospitales degollados. La posición de Sucre era crítica: estaba entre la victoria ó la muerte. En la retirada, había perdido más de 600 hombres, y el efectivo de su ejército no alcanzaba á 6,000 plazas. Los españoles-peruanos, contaban con más de 9,000 hombres. Situado el ejército unido entre Huamanga y Huamanguilla, con la cordillera oriental y occidental sobre sus flancos, en un valle abierto, aunque accidentado por colinas y barrancos profundos, podía ser atacado por su frente ó por su

izquierda. Este lugar, se llamaba Ayacucho, y debía ser el último campo de batalla de independientes y realistas en la América del Sud.

## IX

Los independientes en la posición que ocupaban, tenían á su frente la serranía de Huanta, detrás de la cual maniobraba el virrey, y sobre su derecha las alturas de Condorkanqui, único punto accesible de la cordillera oriental, cuyo dominio tenían los realistas (6 de diciembre). En la tarde del 8 coronó el ejército español las alturas de Condorkanqui. Por allí venía el ataque. Sucre dió el frente á Condorkanqui. Dos horas después de ponerse el sol se empeñaron las primeras guerrillas al pie de la cuesta. El ejército unido estaba formado en el llano, casi á tiro de cañón del enemigo.

El ejército unido se componía de 4,500 colombianos, que constituían su base y su nervio, 1,200 peruanos, cuyos cuerpos mandados en parte por jefes argentinos, y 80 argentinos, último resto del ejército de los Andes. La derecha, mandada por Córdoba, general de veinticinco años, se componía de cuatro batallones colombianos. El centro, á cargo de Miller, lo formaban los escuadrones peruanos de Húsares de Junín, los regimientos de Granaderos y Húsares de Colombia, y el escuadrón de Granaderos á Caballo de Buenos Aires. Á la izquierda, á órdenes de La Mar, estaban, la Legión peruana y los batallones núm. 1, 2 y 3 del Perú. La división de reserva, mandada por el general Lara, constaba de tres batallones colombianos. Una pieza de á 4, era toda la artillería del Ejército unido. El ejército realista estaba compuesto de españoles y peruanos. Valdés, con 4 batallones, 2 escuadrones y 4 piezas de artillería ocupaba la derecha. Seguía la segunda división al mando del general Villalobos,